

tardíos que tratan la expansión ultramarina a las Islas Canarias, la costa de África o América.

Erik Ekman  
Oklahoma State University (EE.UU.)  
erik.ekman@okstate.edu

---

Inzaurrealde, Gabriel

*La escritura y la furia: ensayos sobre la imaginación latinoamericana*. Leiden: Almenara, 2016. 290 pp. (ISBN: 978-90-822404-9-8)

En una época en que la literatura se encuentra ligada al mercado, la crítica literaria se enfrenta a la necesidad de volver a definirse. En *La escritura y la furia: ensayos sobre la imaginación latinoamericana*, Gabriel Inzaurrealde concibe la crítica como un “artilugio emancipatorio y, en cierto sentido, salvaje” (11). Se propone, a través de cinco ensayos, retornar a la vocación originaria del crítico: la invención y la profanación. Al igual que el escritor, acude a la imaginación poética para inventar sistemas de desciframiento y debe ser también un profanador: solo así vuelve pensable lo que se ha dado ya por sabido. Con esta perspectiva, entiende que “el discurso crítico ha de moverse de forma esquizoide entre el acontecimiento de la forma (las obras) y la especulación filosófica” (12). A medio camino entre la teoría

literaria y la filosofía, *La escritura y la furia* ofrece una lectura sugerente de textos canónicos y abre nuevas rutas de interpretación.

En “La memoria, la frontera y el acontecimiento en Cortázar y Onetti”, Inzaurrealde analiza los espacios fronterizos desde los conceptos benjamianos de aura, imagen dialéctica y umbral; y los conceptos de acontecimiento y sujeto de Alan Badiou. Entiende el relato “El otro cielo”, de Julio Cortázar, como un espacio delincencial: un trayecto inédito que fija prácticas de transgresión. El deambular del personaje entre dos tiempos históricos lo lleva a reflexionar sobre cómo el pasado ingresa en el presente como cita o ruina. Esta cita, retomando el concepto de Didi-Huberman, proyecta la memoria como un presente reminiscente. El acontecimiento, entonces, sería la suma de transgresión, ruina y memoria; aquello que surge como frontera metafórica, ruptura del orden o excepción. Siguiendo esta misma línea, analiza “Un sueño realizado”, de Onetti, y cómo el acontecimiento –la muerte repentina de uno de los personajes– revela que el tiempo de la muerte ha sido único porque la felicidad ha consumado toda una vida (43). La muerte es un acto de plenitud y, para Inzaurrealde, “abre la posibilidad de una reconsideración radical de la pregunta por la vida, por lo que es, o debería ser, vi-

vir” (47). Con este enfoque transforma la lectura ambigua e incluso fantástica del cuento en una reflexión sobre la excepción que implica ser feliz.

En “*Plata quemada* de Ricardo Piglia: memoria y violencia”, se observa cómo, a través del motivo de la violencia, se relacionan voces del pasado (63). Para el crítico, *Plata quemada* incorpora voces heterogéneas para convertir la narración en una selva de confidencias, en un lenguaje en ruinas. A partir de este mecanismo de incorporar lo roto, la novela alegoriza la figura del lector: “un lector engendrado por la ficción” que no devuelve estas voces sueltas a un entramado lógico, sino que las asume como actividad caótica. La violencia como motor de la ficción le sirve para leer la novela como reformulación argentina de una tragedia griega. Sin embargo, el enfrentamiento entre los hombres (los delincuentes) y los dioses (los policías) no re-establece el orden. La quema del dinero, la disolución del motivo material que origina el enfrentamiento, nos arroja a la violencia pura que es profecía y apocalipsis. Para Inzaurrealde, el lector intuye que la violencia será peor porque descubre que el futuro de esta historia es su presente. La violencia final, entonces, es una violencia soberana que tiene su correlato formal en la narración: en el enfrentamiento de géneros tampoco se establece una jerarquía.

El tercer ensayo, “Alexis y Ariel: el letrado y la violencia latinoamericana en *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo”, reflexiona cómo en la novela se puede leer el fracaso de la ciudad letrada. El narrador, Fernando, es el último gramático cuya voz devela la disolución del discurso letrado en habladoría. Combina el concepto ya clásico de Ángel Rama y, a partir de Heidegger y Benjamin, define la habladoría como el afán de novedades. La omnipresencia de los medios de comunicación y la yuxtaposición de historias de muerte con frivolidad instituyen la indiferencia del narrador ante la violencia. Fernando adopta progresivamente el lenguaje de los sicarios, la habladoría, y así revela la puesta en crisis del discurso de la ilustración que se libera hacia un discurso violento. Al final, Fernando crea violencia en lugar de consumirla. Inzaurrealde también compara la relación entre el gramático y su amante sicario con la configuración rodoniana de Próspero y Ariel. Así demuestra que la ciudad es una máquina de generar humanidad que ya no funciona. La contención letrada se ha derrumbado y, en la ciudad global, solo existe la crueldad.

En “Infierno y melancolía en Roberto Bolaño”, Inzaurrealde proyecta la obra de Bolaño bajo el lema de “cómo habitar la derrota”. Observa que la narrativa de Bolaño construye un mundo donde lo importante ya

pasó y por ello está atravesada por la historia política del siglo XX. Siguiendo a W. Benjamin, entiende la modernidad como una catástrofe o infierno que exige una mirada melancólica. Esta mirada no viene necesariamente de los exiliados políticos, recurrentes en Bolaño. Para Inzaurrealde, el exiliado en Bolaño es todo aquel que tiene un modo de existencia regido por la memoria y la errancia, y que hace la experiencia del desamparo. Los personajes, entonces, estarían exiliados de cualquier posibilidad de esperanza: son aquellos que alguna vez formaron parte de una experiencia colectiva, poética o política, y que ahora caminan hacia un futuro sin nombre. Tienen una mirada visceral sobre el infierno moderno y se introducen en uno de los temas fundacionales de la literatura: el viaje. Para el crítico, el viaje en Bolaño –entrelazado con la invención y la escritura– genera una narrativa que es en sí misma un viaje sin garantías. “Su literatura –señala– despierta la conciencia de una infelicidad o incluso un horror, que parece haberse vuelto inarticulable, para hablarnos, entre líneas, aunque sin muchas ilusiones, no solo de la intrincada trama que retrotrae a otros horrores de la historia, sino también de la necesidad de una nueva ficción emancipadora” (249).

En “Apuntes sobre *La novela luminosa* de Mario Levrero”, se analiza la

escritura como testimonio de un fracaso. La novela de Levrero está dividida en dos partes: el diario de un escritor y la novela. Para Inzaurrealde, el diario es el proyecto de poner en movimiento la escritura, sin ser escritura: es, entonces, un discurso vacío, que posterga la escritura, y un discurso involuntario que, pretendiendo no contar, cuenta. La postergación de la escritura adquiere una dimensión, si se quiere, existencial. En un diario, plantea Inzaurrealde, la interrupción lógica es la muerte. Por tanto, estaríamos ante el género que la anticipa. En la novela, por otra parte, se narran experiencias místicas. Para el crítico, así se revela la dualidad de la escritura de Levrero: la eternidad luminosa como contraataque del devenir del tiempo.

*La escritura y la furia: ensayos sobre la imaginación latinoamericana* es una lectura provocativa. Los ensayos se construyen de manera independiente. La estructura interna de cada capítulo se presenta como una suerte de yuxtaposición de subcapítulos o temas. Su lectura, por ende, nos enfrenta a la necesidad de seguir la línea de reflexión del autor, que no siempre sigue la estructura argumentativa tradicional del discurso académico. No obstante, Inzaurrealde sigue los preceptos de la crítica: dialoga con fuentes secundarias que se han escrito sobre las obras que analiza y demuestra

la productividad que sigue teniendo, para el latinoamericanismo, la obra de Walter Benjamin. Sin duda, el acierto principal del libro es hacer que sea la propia literatura la que hable. Y es que el crítico sabe extraer de cada texto la teoría que permita entenderlo. En este sentido, Inzaurrealde desafía *el status quo* más ortodoxo de la crítica. Parafraseándolo, profana su propio saber y pone ante nosotros una nueva poética.

Ana María Pozo de la Torre  
University of North Carolina at  
Chapel Hill (EE.UU.)  
anama@live.unc.edu

---

Kazmierczak, Marcin

*El narcisismo y la resiliencia en la obra de Ernesto Sábato*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2016. 151 pp. (ISBN: 978-84-16187-50-8)

La producción de Sábato, tan alineada en su día junto a los grandes nombres de la Nueva Narrativa Hispanoamericana, ha ido decayendo en el interés de la crítica académica y ha sido incluso ignorada o incluso menospreciada dentro de su propio país. Además de otras consideraciones de orden político, es posible que la misma singularidad de su obra, deudora de corrientes intelectuales hoy poco frecuentadas, haya determinado este

relativo olvido. Sin embargo, este despegue es menos acusado fuera de la Argentina, donde se le sigue leyendo y estudiando en círculos universitarios de Europa y Estados Unidos. En esta línea debe enmarcarse la presente monografía. El marco interpretativo elegido es el de la “metafísica de la esperanza”, según expresión del propio autor, y, por tanto, se orienta hacia una lectura que trascienda el pesimismo existencial con el que se le suele encasillar. Como en otros estudios sobre Sábato, la interpretación se realiza desde una perspectiva diacrónica, planteando una evolución desde el nihilismo de su primera etapa hasta la construcción de propuestas existenciales orientadas a la búsqueda del sentido. Sin embargo, este recorrido se realiza a partir de dos conceptos nucleares que emanan de la psicología: el narcisismo y la resiliencia.

*El túnel* (1948) se acomete desde la noción del narcisismo. Así, el narcisismo es una actitud que desemboca en una ambivalencia fundamental que se ve reflejada en el protagonista. Por un lado, Castel manifiesta una soledad casi olímpica nacida de un sentimiento de superioridad exacerbada frente a los otros; pero, de otro lado, necesita sentirse reafirmado desde fuera de forma permanente. Ante la imposibilidad de que esto suceda, padece una sensación de completa inse-